MEDITACION XLVII

DE LA TERCERA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ CON SU MADRE Y CON SAN JUAN

PUNTO PRIMERO

1. Acercáronse á la cruz las personas más amantes de Cristo.—2. Capitana de estas fué la Santísima Vírgen, quedando espiritualmente crucificada con los tres clavos de la *aprension* de sus dolores, del *amor* y de la *compasion*.

Estaban cerca de la cruz de Jesus, su Madre y la hermana de su Madre, María Cleofé y María Magdalena, y el discípulo á quien amaba (1).

1. Sobre este punto se ha de considerar, cómo se acercaron á la cruz de Jesus las personas que más se señalaron en amarle; porque no hay mayor señal de amar á Cristo, que seguirle hasta la cruz, compadeciéndose de sus dolores é ignominias, y haciéndose participante de ellas; y cuanto más cerca nos llegamos, y con mayor estabilidad y firmeza, tanto mayores muestras damos de este amor, como las cuatro personas que aquí se nombran.

2. Entre las cuales la capitana y guía fué la Vírgen sacratísima, por cuyo respeto fueron los demás en su compañía, y sin la cual no tuvieran ánimo para asistir allí; pero ella, como más firme en la fe, y más encendida en el amor, pospuesto todo el peligro humano, y atropellando por todas las dificultades é ignominias que de aquí se le habian de seguir, quiso hallarse presente á la pasion de su Hijo,

(1) Ioan. XIX, 25-26.

y se puso en pié cerca de la cruz, con grande constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo más que le fué permitido. Pero con el espíritu se acercó tanto, que se pegó con ella y con su Hijo, y allí quedó espiritualmente crucificada con él, por la grandeza del amor y del dolor, como se ponderó en la meditacion fundamental (1). De suerte que tres clavos la tenian allí crucificada. El primero, la viva aprension de lo que su Hijo padecia. El segundo, el entrañable amor que le tenia, no sólo como á Hijo, sino como á su Dios y bienhechor infinito, por lo cual todos sus trabajos tomaba por propios. El tercero, era la compasion de que tal Persona padeciese tanto por pecados ajenos; de donde resultaba en su ánima un dolor tan grande, que bastó por martirio, como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas; miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos; miraba los huesos desencajados, de modo que se podian contar, y los suyos se estremecian de dolor. Y á este modo, cuanto el Hijo padecia corporalmente, padecia la Madre espiritualmente, pero terriblemente. Oh Vírgen de las vírgenes, con cuánta razon podemos hoy llamaros Mártir de los mártires, pues como á todas las vírgenes excedisteis en la flor de la virginidad, así á todos los mártires excedeis en el fruto del martirio. Mártir sois en el deseo fervoroso de padecer todos los tormentos de muerte que vuestro Hijo padecia; y mártir tambien, por los terribilísimos dolores que con su vista padecisteis, bastantes para daros la muerte, si vuestro Hijo no os conser-

(1) Medit. I, punt. 8.

vara la vida. ¡Oh quién pudiera acompañaros en este modo de martirio! Alcanzadme, oh Reina de los mártires, que tenga en él alguna parte, martirizando mi carne con penitencias, y mi espíritu con abnegaciones, acercándome con fortaleza de corazon á la cruz de vuestro Hijo, y crucificándome en ella como os crucificasteis Vos.

PUNTO SEGUNDO

1. Cristo en medio de sus dolores no se olvida de las obligaciones de su oficio.—2. Da á Juan por hijo á su Madre.—3. En la persona de Juan dió el Señor por hijos á la Vírgen, á todos los demás fieles.

Como viese Jesus á su Madre y al discípulo que amaba, dijo á su Madre: Mujer, ves ahí á tu hijo (1).

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, la caridad de Cristo nuestro Señor, juntamente con la entereza y autoridad que mostraba en medio de tantos dolores y desprecios, atendiendo á las obras de piedad y de misericordia, y á las obligaciones de su oficio, como si no estuviera padeciendo. Ya ruega por sus enemigos, como sumo Sacerdote; ya promete el paraíso, como Redentor; ya mira por su Madre, como Hijo, y por su discípulo como Maestro; enseñándonos con este ejemplo, que no hemos de faltar á nuestras obligaciones, por vernos rodeados de trabajos. Oh supremo Sacerdote Jesus, cuán diferente sois del otro supremo sacerdote Aaron, que dijo no podia hacer bien su oficio, estando con ánimo lloroso y triste (2). Pero Vos, Salvador mio, rodeado de trabajos, y afligido con tristezas, haceis

1) Ioan. XIX, 26. — (2) Levit, X, 19.

perfectísimamente vuestros oficios, orando por vuestros enemigos, aplacando á vuestro Padre y mirando por el consuelo de vuestra Madre. Dadme, Señor, esta entereza de corazon, para que nunca deje de hacer lo que me habeis encargado, aunque me vea muy atribulado.

2. Lo segundo, ponderaré las palabras que dijo á la Vírgen: *Mujer, ves ahí á tu hijo.* Como quien dice: No me olvido de ti, ni de la obligacion que te tengo como Hijo; mas pues yo me aparto de este mundo, en mi lugar te dejo á Juan por hijo, para que haga contigo oficio de hijo, sirviéndote y haciendo lo que yo habia de hacer con tal Madre; pero no la quiso llamar Madre, sino mujer; lo uno por no la afligir con esta palabra tan tierna; y lo otro principalmente para mostrar cuán descarnado estaba de todo lo que era carne y sangre, atendiendo á las obras de su Padre celestial; por lo cual nunca se lee haberla llamado con este nombre. Esta palabra causó gran sentimiento en el corazon de la Vírgen, así porque entendió que su Hijo se despedia de ella para morir, como porque consideró el trueco tan desigual, que era trocar al Hijo de Dios vivo, por el hijo de un pobre pescador, y el Maestro del cielo, por el discípulo de la tierra. Oh salvador del mundo, si como mirando al discípulo, dijisteis á vuestra Madre, ves ahí á tu hijo, mirándoos á Vos mismo dijérades: *Ves aquí á tu Hijo;* ves aquí el que concebiste por obra del Espíritu Santo, y pariste sin dolor; ves aquí al que reclinaste en un pesebre, en medio de dos animales, y le diste leche con tus pechos; ves aquí al que trajiste en tus brazos, recreándote en mirarle y regalarle; ves aquí á tu Hijo puesto en los brazos de una terrible cruz, y en medio de

dos ladrones, todo desfigurado y desangrado. Mira si me conoces por Hijo y si me mandas algo como Madre; y pues callas y no me dices nada, en mi lugar te dejo á mi discípulo: *Ves ahí á tu hijo.*

3. Pero más adelante pasó la caridad de este Señor para con nosotros en estas palabras, y más ahondó la inteligencia de su Madre en ellas, porque no solamente la dió por hijo á Juan, sino en él á todos los demás discípulos que tenia y tendria hasta la fin del mundo, por todos los cuales dijo: Mujer, ves ahí á tu hijo, toma por hijo á mí discípulo y á todos los que fueren discípulos mios, porque mi voluntad es, que tú seas su Madre, y ellos tus hijos; y que mires por ellos como por hijos tuyos, procurando su bien con toda solicitud. Gracias te doy dulcísimo Jesus, por haber encargado á tu Madre, que nos tome por hijos, haciéndonos con esto tus hermanos. Oh Vírgen benditísima, desde hoy más tengo de deciros confiadamente: Señora mia, veis aquí á vuestro hijo, acordaos que os mandó vuestro Hijo unigénito me tomásedes por hijo adoptivo, reconocedme por hijo, y mirad por mi remedio.

PUNTO TERCERO

1. La Vírgen es dada por Madre á San Juan y á todos nosotros.—2. La castidad y la caridad fueron las causas por las cuales hizo Cristo este favor á San Juan.—3. San Juan acepta á la Vírgen por Madre.

Despues dijo al discípulo: Ves ahí á tu Madre, y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya (1).

1. Primeramente se ha de ponderar, que como

(1) Ioan. XIX, 27.

las palabras de Cristo nuestro Señor son eficaces para hacer lo que dicen, en la forma que él quiere hacerlo, con esta palabra imprimió á la Vírgen espíritu de Madre para con San Juan y con los demás discípulos, y en San Juan imprimió espíritu de hijo para con su Madre; y el mismo espíritu comunica á todos los que son perfectos discípulos suyos. Y pues esta palabra no se dijo á solo San Juan, sino en él á todos sus semejantes, he de imaginar que Cristo nuestro Señor me dice: Ves ahí á tu Madre, ámala y venérala como á Madre, obedécela y sírvela en cuanto pudieres, y acude á ella en todas tus necesidades; porque como te di á mi Padre por tuyo, así te doy á mi Madre por tuya; vive, pues, como hijo de tal Madre. Oh dulcísimo Jesus, ¿de dónde á mí tanto bien que me deis á vuestra Madre por mi Madre? Dadme, Señor, espíritu de verdadero hijo, para que la sirva como merece tan gloriosa Madre. Oh madre benditísima, cierto estoy que siendo tan obediente como sois á vuestro Hijo, luego aceptareis el oficio de mi Madre: *Muéstrate ser Madre, reciba por ti los ruegos el que naciendo por nosotros, quiso ser tu Hijo.* Amen.

2. Lo segundo, ponderaré las causas por las cuales hizo Cristo nuestro Señor este favor á San Juan. Las principales fueron dos, y ambas juntas le dispusieron para recibirle. La primera, porque fué vírgen, y convenia que el Hijo vírgen no encomendase su Madre vírgen, sino á discípulo vírgen; con lo cual declaró la estima que tenia de la virginidad de cuerpo y alma. La segunda, porque se señaló en la caridad y amor de Cristo, siguiéndole hasta la cruz y poniéndose cerca de ella, rompiendo por todas las dificultades que de esto le apartaban, como aparta-

ron á los demás discípulos; y pues se señaló más que ellos, digno era de ser favorecido más que todos. De donde sacaré un gran deseo de imitar á la Vírgen y al glorioso San Juan en la castidad y en el amor de Cristo y de su cruz, para ser digno de que la Vírgen me tome por hijo, y yo pueda tenerla por Madre.

3. Finalmente, se ha de considerar lo que dice el Evangelista, que desde aquella hora el discípulo la tomó por suya; de la Vírgen no dice que desde aquella hora le tomó por hijo, porque ya estaba dicho, por ser ella tan obediente, que bastaba saber cualquier señal de la divina voluntad, para cumplirla; pero de sí dice que la tomó á su cargo, para ejercitar con ella todos los oficios de un buen hijo para con su Madre; los cuales cumplió con grande puntualidad y diligencia, no sólo por habérselo mandado su Maestro, sino tambien porque se tenia por dichoso en servir á tal Madre. Oh glorioso Evangelista, gózome de la buena suerte que os ha cabido en este dia; suplicad á vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo que os dió para con su Madre, para que la sirva yo como la servisteis Vos. Oh Salvador mio, pues tan liberal os mostrasteis en la cruz, que dais vuestro paraíso al ladron que se convierte, y vuestra Madre al discípulo que os ama; usad conmigo de esta liberalidad, dándome en esta vida devocion cordial con vuestra Madre, por cuyo medio espero hallar entrada en el paraíso, donde reine con Vos y con ella por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLVIII

DE LAS TINIEBLAS QUE SUCEDIERON EN TODA LA TIERRA, Y DE LA CUARTA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ

PUNTO PRIMERO

Grandes tinieblas que sucedieron en toda la tierra en la muerte de Cristo.—1. Con ellas quiso Dios significar su indignacion contra el pueblo judaico.—2. Quiso tambien manifestarnos la inocencia y divinidad de Cristo.—3. Ordenó el Salvador estas tinieblas para apercibirse con mayor recogimiento y quietud para la muerte.—4. Con qué fervor orarian tambien la Vírgen, San Juan y el buen ladron.

Habiendo sido Cristo nuestro Señor crucificado cerca de la hora de sexta, que es al mediodia, poco despues sucedieron unas grandes tinieblas en toda la tierra, que duraron hasta la hora de nona, que es las tres de la tarde (1).

1. En lo cual se ha de considerar las causas porque nuestro Señor ordenó estas tinieblas milagrosas, eclipsándose el sol en tal coyuntura por tanto tiempo. Lo primero, para manifestar la ira que tenia contra aquel pueblo ingrato, por el delito atroz que cometia contra Cristo, pues no eran dignos de ver la luz del sol, los que quitaban la vida al Sol de justicia. Y tambien con estas tinieblas exteriores sig-

(1) Matth. XXVII, 45, Marc. XV, 33, Luc. XXIII, 44, D. Th. 3, p. q. 44 a 2.

nificaba las interiores de aquella miserable gente y las eternas en que habian de caer por su obstinacion.

2. Lo segundo, para manifestar la inocencia y majestad de Cristo nuestro Señor con este milagro, haciendo que el sol se oscurezca y cubra á la tierra de luto por la muerte de su Hacedor; y del modo que puede, muestre compasion de sus dolores é ignominias, y escondiendo su luz quite la ocasion á los perseguidores de mirarle con escarnio, y á los blasfemos de añadir nuevas blasfemias, haciéndolos retirar con aquella oscuridad. Oh Sol de justicia, justo es que el sol material se oscurezca, estando tú tambien oscurecido con tristeza y á punto de trasponerte al hemisferio de la otra vida; pero más justo fuera que yo me entristeciera de tu muerte, pues yo soy la causa de ella. No permitas, Señor, que yo sea tan ciego, que no vea la razon que tengo de entristecerme, ni tan duro, que no me compadezca de tu tormento.

3. Lo tercero, ordenó Cristo nuestro Señor estas tinieblas, para que cesando con esta repentina noche el bullicio de la gente, pudiese á sus solas y con quietud, gastar aquellas tres horas en apercibirse para la muerte, y en orar con gran fervor y lágrimas por nosotros; á la manera que cuando predicaba, gastaba los dias en su oficio conversando con los hombres, y en viniendo la noche, se recogia á los montes á orar, haciendo todo esto, no por su necesidad, sino por nuestra enseñanza y ejemplo. Así estando en el monte Calvario, tendidas sus manos en la cruz, despues que hubo cumplido los oficios de piedad arriba dichos, quiso en aquellas tres horas de tinieblas que sucedieron, ocuparse totalmente en orar, aplicando su oracion por todos los fieles que tenia presentes en su memoria, de los cuales era yo uno, por quien aplicaba su oracion (1). Oh dulce Jesus, enseñadme á orar con la quietud y espíritu que en estas tres horas oraste, y avivad mi tibieza, para que me aproveche del tiempo que tengo de vida, aparejándome con gran fervor para la muerte.

4. Tambien puedo ponderar, cómo la Vírgen Santísima gastaria este tiempo en orar con gran fervor, levantando su espíritu á una contemplacion muy alta, no de afectos gozosos, sino dolorosos, á imitacion de su Hijo. Y lo mismo es de creer haria San Juan y el buen ladron, inspirándoles este Señor á ello, y diciéndoles desde su cruz, con palabras interiores: *Velad y orad* conmigo, *porque no caigais en tentacion* (2).

PUNTO SEGUNDO

Tres desamparos de Cristo en la cruz.—1. Viéndose privado de todo alivio en sus dolores corporales.—2. Sin gota de consuelo sensible en sus tristezas y agonías.—3. Abandonado de sus discípulos, del pueblo hebreo y de millares de hombres que habian de apartarse de su fe.

Cerca de la hora nona, que era las tres de la tarde, clamó Jesus, diciendo: Eli, Eli, lamma sabacthani; que quiere decir: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? (3).

Esta fué la cuarta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz poco ántes de espirar, y díjola

(1) Hebr. v, 9.—(2) Matth. xxvi, 41.
(3) Matth. xxvii, 46, Marc. xv, 34.

con gran clamor, para que se entendiese que estaba vivo, y para declarar el afecto con que la decia, afligidísimo por el interior desamparo que sentia. Este desamparo estuvo en dos cosas.

1. La primera, en que el Padre Eterno le dejaba padecer, sin librarle de aquellos terribles trabajos en que estaba; lo cual es un modo de desamparo que usa Dios con los justos para su provecho; pero en Cristo nuestro Señor fué terribilísimo, porque no hallaba descanso en cosa alguna. La cabeza no podia descansar sobre la cruz, sin nueva pena; las manos no podian sustentar el cuerpo, sin rasgarse con mayor dolor; los piés no podian con la carga, sin aumentar sus heridas, y viéndose por todas partes afligido, levantó la voz al cielo con gran clamor, diciendo: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?*

2. La segunda cosa en que estuvo este desamparo, fué en que la divinidad desamparó á la humanidad, cuanto á los consuelos sensibles, dejándola padecer con las tristezas y agonías que tuvo en el huerto, las cuales duraron hasta que murió; y porque ninguno pensase que su paciencia era insensibilidad, y que el acudir á las cosas de los otros, procedia de no sentir sus penas, quiso con esta palabra declararlas, diciendo: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* Mas para que entendiésemos, que esta queja no nacia de desesperacion, sino de amor por la razon dicha, no dijo, Dios, Dios, ¿por qué me desamparaste? Sino, Dios mio, Dios mio; como quien dice: Dios eres de todos, porque les das el sér que tienen; pero mucho más eres Dios mio, porque me comunicas tu divino sér, y me amas con especial amor, y yo te amo con el mismo; pues, ¿por que me

desamparas en esta tribulacion? Oh buen Jesus, no es necesario que venga otra vez ángel del cielo como en el huerto para confortaros en vuestra afliccion, diciéndoos las causas de este desamparo, porque ya está muy cercano á su fin; pero yo, Señor, os la diré, para que se descubra en mí vuestra inmensa caridad: porque yo os desamparé, apartándome de vuestra voluntad, por cumplir la mia, quereis ser desamparado de vuestro Padre, mereciendo con este desamparo, que nunca me desampare su misericordia, y para darme ejemplo de paciencia cuando sintiere semejante desamparo, pues no es mucho pase el discípulo por donde pasó su Maestro. Oh Maestro dulcísimo, *no me desampares con demasía* (1), *y cuando desfalleciere mi virtud, no me desampare tu gracia* (2).

3. Tambien puedo considerar, cómo Cristo nuestro Señor se queja de otro desamparo, que sentia mucho más que los que están dichos, viendo que sus discípulos le habian desamparado, y el pueblo hebreo le habia dejado, y millares de hombres habian de desampararle, dejando su fe, atropellando sus sacramentos, y desechando los frutos que de su pasion podian sacar. Oh dulce Jesus, no me espanto que os quejeis de este desamparo, pues siendo vuestra redencion tan copiosa y vuestra pasion tan penosa, apénas hay quien se aproveche de ella. ¡Oh Amparador nuestro, cuán desamparado os veo en este mundo! Unas naciones, no quieren recibir vuestra fe, otras la dejan, y otras aunque reciben vuestra ley, dejan el cumplimiento de ella, y unos desamparan á otros, desamparándoos en cada uno de

(1) Ps. CXVIII, 8. — (2) Ps. LXX, 9.

vuestros pequeñuelos (1). Oh Padre Eterno, no desampareis así á vuestro Hijo; y pues tan bien lo ha trabajado en su pasion, haced que sea de todos conocido y adorado por ella.

PUNTO TERCERO

1. Con cuánta devocion proseguiria Cristo orando por el Salmo 21.—2. Cómo se uniria la Vírgen á esta oracion de su Hijo.—3. Mofa que hicieron de estas palabras de Cristo sus enemigos.

1. Aunque Cristo nuestro Señor solamente dijo en voz alta las palabras referidas, que son principio del Salmo 21, que trata de su pasion, piamente se puede creer, que en secreto prosiguió todo este Salmo, contando á su Padre todos los trabajos que están expresados allí; pero con mayores ansias diria aquellas palabras: *Libra, Señor, mi alma del cuchillo, y defiende á la única querida mia, del poder del perro; sácame de la boca del leon, y libra mi pequeñez de los cuernos del unicornio* (2). Llama cuchillo á la muerte, á que está condenado por la divina Justicia, y perro á Caifás, con los demás perseguidores que mordian su fama; leon á Pilatos, con los ministros y soldados que le despreciaban y afligian con aquellos tormentos, y unicornio á los poderes de las tinieblas infernales que solicitaban á sus enemigos contra él. Estas palabras diria con gran sentimiento, conforme á lo que de él dice San Pablo: *Que en los dias de su carne hizo oracion con gran clamor y lágrimas al que le podia salvar y librar de la muerte* (3).

2. Tambien se ha de considerar el sentimiento

(1) Matth. XXV, 40. — (2) Ps. XXI, 21-22. — (3) Hebr. V, 7.

grande que tendria la Vírgen cuando oyó decir á su Hijo estas lastimosas palabras, las cuales, en entrando por sus oidos, penetraron su corazon, y le levantó al Eterno Padre, suplicándole que no desamparase á su afligido Hijo; y como ella sabia tambien los Salmos de David, es de creer, que cuando este divino cantor con voz llorosa comenzó este Salmo 21 en el facistol de la cruz, ella juntamente le proseguiria en su corazon, doliéndose de los tormentos que allí se van contando de su Hijo, y con el mismo espíritu le tengo yo de decir y rumiar, haciendo pausa en cada palabra de él.

3. Últimamente ponderaré, cómo algunos de los circunstantes que oyeron esta palabra, dijeron: *Á Elías llama, esperad y veremos si viene á librarle* (1). Esto dirian aquellos malvados perseguidores por mofa de Cristo, jugando del vocablo *Eli*, como quien dice: Es tan miserable, que no puede salvarse á sí mismo, y así se queja y pide el favor de Elías. De esta manera torcian las palabras del Redentor para escarnecerle con ellas, permitiéndolo así su bondad para ser por todas maneras atormentado en la cruz. No permitas, Señor, que yo tuerza tus palabras, ni use de ellas para otra cosa, que glorificarte y servirte. Y pues son palabras de vida eterna (2), concédeme que por ellas la alcance. Amen

(1) Matth. XXVII, 47-49. — (2) Ioan. VI, 69.